

Los de un lado, los del otro y, entre ambos, La Zanja

Edith Eloza

Un párrafo para la Patagonia

Hic sunt gigantes (aquí están los gigantes) figuraba en algunos mapas en lugar de “Patagonia”.

También el “vacío” patagónico era un lugar común. Pero los conquistadores del desierto no lucharon con gigantes ni avanzaron sobre un espacio vacío sino, más bien, sobre un “espacio vaciado”, dirá David Viñas.

Respecto de la idea de “vacío” cabe señalar que, prácticamente a partir de la 2da. Fundación de Buenos Aires en 1580, la fascinación por el oro se concretó en varias expediciones importantes en busca de los muros y de las cúpulas doradas de la Ciudad de los Césares animadas por los mitos de El Dorado.

Y, menos mítica, más real, una expedición en 1778 formada por 600 carretas, 12000 bueyes, 2600 caballos, 4 cañones, 300 artesanos, 600 trabajadores (picadores) y 400 soldados (blandengues), busca yacimientos de sal.

Y debido a su importancia comercial y estratégica, el estrecho de Magallanes, conoció la presencia europea desde muy atrás en el tiempo.

Respecto del tema del gigantismo de los patagones, hay que decir que sirvió a dos puntas:

Por un lado recordemos un tema del siglo XVIII respecto de la degeneración de la especie -humana, vegetal, animal- observada en América y que nos muestra Antonello Gerbi en *La disputa del Nuevo Mundo*, al señalar que

Para De Pauw, ..., el americano no es siquiera un animal inmaduro, no es un niño crecido: es un degenerado. La naturaleza del hemisferio occidental no es imperfecta: es una naturaleza decaída y decadente.¹

El hombre americano padece una debilidad congénita y el gigantismo no es sino su expresión, así como se lo observa en otros reinos de la naturaleza.

Pero también el gigantismo de los patagones servía para afirmar lo contrario: Pernety, capellán de una expedición a las Islas Malvinas -la de Bougainville- afirmaba “haberlos visto”, idea, en este caso, asociada a la vitalidad de la naturaleza americana.

El caso es que, cualquiera fuera la posición adoptada, lo cierto es que en la Patagonia no había gigantes, ni oro, ni ciudad de los Césares, ni plata en el Río de la Plata.

Sí había indios. Aunque “desaparecidos” en la palabra “desierto”. Desaparecidos también en los ensayos, artículos, relatos científicos y boletines militares. El término “desaparecer” circula frecuentemente referido a los indios y a los animales de la Pampa y de la Patagonia.

El indio y la naturaleza que lo circunda “desaparecen” naturalmente, como todo lo que está en el tiempo. No representan sino un anacronismo del que dará cuenta la sucesión temporal. Si fue -digamos- un “acontecimiento aleatorio” el que hizo de los naturales de estas tierras unos intrusos, lo cierto es que ahora lo son, piensan al unísono Chile y la Argentina, como lo evidencia su anacronismo, su “fuera del tiempo” ¿porqué van a ocupar un espacio?

Tal vez por eso se pueda decir que si en una primera etapa el horizonte del conflicto se inscribe en el espacio, en el dominio de un territorio, en la fase final de la guerra contra el indio será el tiempo el que muestre la verdadera oposición entre dos dimensiones: la primitiva, anclada en el pasado, y la moderna orientada hacia el futuro.

¹ Gerbi, A.: *La disputa del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960, pág. 50

Como en el Fausto de Goethe, no queda más remedio que girar la cabeza...

El “Otro”

El muy transitado postulado de la diferencia supone el de la superioridad. La igualdad es in-diferencia. Ya vimos: ése otro que habita las pampas no puede ser sino inferior. Tal vez ni siquiera humano. O a lo mejor y, según las teorías evolucionistas vigentes, corresponda a algún peldaño remoto del proceso evolutivo.

Pero ¡cómo arremete! Y se lleva el ganado. Y somete a nuestras mujeres a catástrofes de captura. Y lo que es muy lamentable, ese indio bárbaro en su madriguera, despilfarra las reses y sus carnes y no hace producir esas tierras tan ricas que nos vendrían tan bien a nosotros, los estancieros, los que estamos aquí en la tierra de manera permanente y escriturada.

La estancia, como unidad productiva, está vinculada al cuero de toros, novillos y vacas en una primera etapa. Luego se agregará la carne y sus derivados. El cuero se exporta a Gran Bretaña y la carne, además del consumo local y de abastecer a Buenos Aires, incrementa cada vez más la exportación -en un rango de calidad inferior y para el consumo de los esclavos- a Brasil, a Cuba y a África del Sur.

Mientras este circuito tendía a afianzarse se iban limitando las posibilidades de otro orientado hacia Chile. Y en éste, la participación del indio era decisiva: “roban y venden” era la indignada expresión con que se calificaba esa práctica.

Es decir que se configuraron dos circuitos orientados cada uno a distinto océano que significaron para la concepción y la economía de los hacendados dos fuerzas en oposición: la ligada con el pasado y la moderna, la que ellos representan, la que se abre al Atlántico, a Europa, al mundo.

Si en un principio Buenos Aires, la ciudad-puerto estaba vinculada al tráfico -lícito e ilícito- entre el altiplano andino y el Atlántico, si las primeras chacras y estancias que se establecieron abastecían las necesidades de la escasa población; el ganado cimarrón, en un medio favorable y sin especies competidoras se multiplicaba en gran escala. Se puede decir que por un largo período Buenos Aires tuvo su corazón de espaldas al sur.

Por su parte, los pueblos -los hoy llamados originarios-, comenzaron a utilizar esos recursos y a desarrollar, paulatinamente, economías cada vez más complejas.

La idea del “espacio vacío” en realidad ya vimos que forma parte del imaginario, o del imaginario de los historiadores, más que del espacio social construido en la frontera cuando los “huincas” se dieron cuenta de que su norte, estaba al sur.

Múltiples y variadas relaciones involucran a los distintos actores a ambos lados de la frontera sur.

Veamos sólo algunas: por una parte el comercio entre indígenas y blancos alcanzó una intensidad tal que dio base a las fortunas de muchos comerciantes. El intercambio tenía distintos puestos: la ciudad de Buenos Aires, los puestos fronterizos, el fuerte de El Carmen en Río Negro, las mismas tolderías.

Los caciques, especialmente aquéllos con los que se mantenían relaciones pacíficas, eran obsequiados ora con productos necesarios para la subsistencia, ora con otros de valor simbólico que reforzaban la autoridad frente a los súbditos en la medida en que implicaban el reconocimiento por parte de los “otros”, los blancos en este caso.

Cipriano Catriel, uno de los últimos de la dinastía, además de los bienes materiales heredados, detentaba un lugar de privilegio frente a los otros caciques. Muy inclinado hacia las costumbres europeas, se asemejaba en su aspecto a los hacendados bonaerenses. Debido a su obesidad le estaba negado el caballo por lo que se trasladaba en una volanta

...desde el chalet para controlar sus bienes rurales, previo paso por el Banco de la Provincia para ver su cuenta personal. La ropa no le resultaba indiferente y todo parece indicar que se vestía para cada ocasión: gustaba alternar su vestimenta de hombre de campo con uniformes militares²

Era un gran estratega, muy inteligente, hablaba varios idiomas, estaba casado con tres mujeres: Lorenza, Rafaela y Eufemia. Hizo bautizar a alguno de sus hijos: uno de ellos tuvo como padrino al coronel De Elía, quien le ofreció el nombramiento de *Cacique Principal de todos los indios pampas amigos*.

Antes de que asumiera Cipriano la tribu estaba dividida en dos grupos: uno urbano y otro rural en el que habitaba la gran mayoría mientras que en la periferia de la ciudad vivían unos 300 artesanos, peones ocasionales, baquianos, lenguaraces y tejedoras. Juan Catriel y más tarde Cipriano, como hacendados absentistas -con una marca de hacienda que compartían-, alternaban en ambos asentamientos. A Cipriano, su relación con De Elía, le resultó cara. Participó en la frustrada revuelta política encabezada por Mitre contra Avellaneda por lo que su hermano Juan José, anticipándose a la situación en que quedarían los catrieleros informó a las autoridades nacionales dónde se encontraba el rebelde y le envió un parlamentario diciéndole que depusiera las armas, que no habría rencores, que ahora el cacique era Juan José. Cipriano, ahí nomás, lo hizo degollar. El contacto con los blancos generó además nuevas necesidades que había que procurar satisfacer.

Si bien la economía que sostenía la vida de las comunidades indígenas era variada: pastoreo de rebaños destinados al aprovisionamiento de carne para consumo familiar y el suministro de lana y de otras materias primas, caza, agricultura, recolección, producción artesanal como la platería, la talabartería y la textil de muy significativa importancia -combinados en formas distintas en función de la adaptabilidad a los distintos eco-sistemas-; el soporte de la economía era el ganado y esto significaba circulación, comercialización en gran escala y sus correspondientes mercados entre los que se destacaba el trasandino.

El efecto de estos intercambios, llevados a cabo a través de extensos circuitos, sumado a la creciente dependencia de productos europeos, resultó una suerte de especialización vinculada a la disponibilidad de recursos, como la extracción de sal -producto muy valorado en Chile-, la producción textil entre los mapuches y la actividad pastoril altamente especializada para la época.

Los malones eran fundamentalmente emprendimientos económicos. Los animales transportados -a veces decenas de miles de cabezas- requerían de una compleja organización.

El territorio pampeano y el norte patagónico era el habitado por una importante población indígena de miles de personas, cuya economía tenía las características mencionadas, y cuya capacidad bélica podía poner en batalla ejércitos de centenares de lanzas.

De todas maneras, se podría afirmar que después de 1818 (cuando la batalla de Maipú), se inició una suerte de persecución cuando fuerzas revolucionarias perseguían restos del ejército realista refugiados en la Araucanía. Hasta entonces una relativa paz había permitido cierta convivencia.

Pero ahora...¿Qué hacer?

El llamado “malón grande” de diciembre de 1875 resultado de una alianza entre caciques tales como Catriel -hasta entonces, según vimos, considerado aliado al Gobierno Nacional- quien abandonó sus tolderías en Tapalqué y se unió en malón en las pampas con Namuncurá, Pincén y Baigorrita, constituyó un peligro constante que durante tres meses asoló la frontera sur.

² Mandrini, Raúl: *Vivir entre dos mundos*, Buenos Aires, Taurus, 2006, pág. 157

Oigamos el relato de Alfredo Ebélot, el ingeniero francés contratado por Alsina que fue sorprendido en el fortín Aldecoa y que brinda, además, una idea de la dimensión pastoril de Juan José:

A eso de las diez -relata-, una nube de polvo nos anunció que la invasión llegaba. Pronto se distinguió el mugido de los vacunos, y cosa más inquietante, el balido de las ovejas. Catriel venía pues arriando sus propias ovejas y todas las que encontró en el camino. Serían unas treinta mil (...) Durante cuatro horas vimos sucederse las selvas de lanzas y las inmensas tropas de vacas y de caballos. Había por lo menos 150.000 cabezas de ganado³

La conmoción que produjo se reflejó en la opinión pública en la misma Buenos Aires de manera que el clima resultaba propicio para una intervención efectiva.

¿Y qué se dice en el Parlamento?

Según se pensaba tradicionalmente había dos maneras posibles de tratar a los indios: la cruz y el exterminio; la primera se empleó largamente; que lo digan si no, las “conmoveras” palabras de Octavio Amadeo según su prólogo a *La estupenda conquista* de E. Ramírez Juárez donde se lee:

El español no tuvo asco; pero aguaba el vino añejo y noble de su raza. La segunda se hizo inevitable; sonó pues la hora final. El aborígen se despidió con nobleza de la vida⁴

Si pensamos en la visión de Mansilla según *Una excursión a los indios ranqueles*, una solución pacífica parecía posible. Pero el mismo Mansilla preveía que la demanda del mercado internacional impulsaría la necesidad de extender las fronteras y el exterminio consecuente.

En la sesión de la Cámara Nacional de Diputados del 1ro. de octubre de 1875, se trata una propuesta del Poder Ejecutivo firmada por Nicolás Avellaneda y Adolfo Alsina que muestra la posición oficial, al menos hasta ese momento, y en la que se dice:

Empezar por cubrir la línea del río Negro, dejando á la espalda el desierto, equivale a querer edificar reservando para lo último los cimientos.

El río Negro, pues, debe ser no la primera, sino por el contrario, la línea final de esta cruzada contra la barbarie, hasta conseguir que los moradores del desierto acepten por el rigor ó por la templanza, los beneficios que la civilización les ofrece.

Y si se ha de juzgar por lo que sucede en otras tribus que viven sometidas, no es dudoso esperar que el éxito sea satisfactorio.

Si se consigue que las tribus hoy alzadas se rocen con la civilización que vá á buscarlas, si se les cumplen los tratados, en una palabra, si ellas que solo aspiran á la satisfacción de las necesidades físicas, palpan la mejora en su modo de vivir puramente material, puede asegurarse que el sometimiento es inevitable.

El P.E. aleccionado por una larga esperiencia, nada espera de las expediciones á las tolderías de los salvajes para quemarlas y arrebatarles sus familias, como ellos queman las poblaciones cristianas y cautivan a sus moradores.

Esas expediciones destructoras, para regresar á las fronteras de donde partieron, con botines que rechaza hasta el espíritu de la civilización moderna, solo conducen á irritar á los salvajes, á hacer mas crueles sus instintos y á levantar la barrera que separa al indio del cristiano.

Seguramente se referiría a las incursiones que consistían en un ataque rápido y mortífero a las tolderías que operaban sobre el modelo del malón, para quemarlas, arrebatar las familias y efectuar la retirada en la que se asociaban la habilidad del jinete y la rapidez del caballo.

³ Citado por Mandrini, Raúl en *Vivir entre dos mundos*, pág. 164

⁴ Citado por Vanni, Blengino en *La zanja de la Patagonia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005, pág. 166

Pero, como dice el Poder Ejecutivo el *plan es contra el desierto para poblarlo y no contra los indios para destruirlos*.

Después de una serie de consideraciones, en gran parte dedicadas al cuidado que se ha de tener con los caballos, se solicita el apoyo del Congreso ya que se trata de una verdadera aspiración nacional, dar una pronta solución al problema de la seguridad en las fronteras amenazadas *por la población del desierto* (valga el oxímoron).

Se autorizaron 200.000.- pesos fuertes para llevar a cabo el proyecto a los que se agregaron luego 400.000.-

El proyecto se hacía eco de la falta de equilibrio entre la producción y el consumo y se aspiraba no sólo a satisfacerlo sino también a superarlo lo que se podría alcanzar si se entregaban a la explotación particular dos mil leguas que servirían para el pastoreo y para la producción de 5 millones de vacas.

¿Qué hizo Alsina?

Alsina fue nombrado ministro de Guerra y Marina por el presidente Avellaneda en 1874. Por entonces la frontera interior no había avanzado demasiado respecto de la alcanzada en 1851. Lo que sí había avanzado era una economía rural que necesitaba espacio para incrementar la ganadería, además de una inmigración creciente y ávida de trabajo.

Es en este escenario en el que Alsina asume su ministerio.

Respecto del primer problema es que se ve precisado a optar entre tres procedimientos: el foso, el alambrado fuerte y la cadena sobre postes de fierro o rieles de Barlow, como lo explicará el 1º de agosto de 1877, un mes después de terminada la zanja, en una Memoria que presenta a Senadores y Diputados sobre el estado de ocupación acompañada por varios documentos que dan a conocer sus ideas. También, y dado su plan de ocupación permanente, todo reposa sobre el foso y el telégrafo, con el que se hubiera quedado sin vacilar de haber tenido que optar por uno de ellos.

Entre los resultados obtenidos destaca que:

Todas las cartas que teníamos sobre la Pampa, habían sido levantadas por referencias de Baqueanos, de Viajeros o de Gefes expedicionarios, *á cálculo*.

Esta vez la ciencia ha intervenido: y el baqueano ha sido sustituido por el Teodolito, por el Troqueómetro y por el Sextante.

Las distancias, los rumbos y la situación respectiva de los lugares responden ahora, en las cartas que presento, á la verdad científica que es verdad matemática.

En cuanto á las distancias, son de consideración las diferencias que se notan entre *lo calculado* por el galope de un caballo y *lo comprobado* por instrumentos infalibles⁵

En cuanto a la fórmula de su plan, y después del sacudimiento militar y político de 1874, estaba orientada a *hacer imposible las grandes invasiones y difíciles las pequeñas*.

Alsina relata los peligros e inconvenientes a los que se ve expuesto el soldado en su lucha contra el indio y acompaña también su Memoria con el informe de un comisionado que señala que la mala voluntad de los indios está fomentada hábilmente por Chile y que:

...es más que probable, que el chileno Navarrete, secretario de Namuncurá, proceda en todo, según inspiraciones oficiales y no sea otra cosa que un empleado pagado por el gabinete de Santiago⁶

Y ¿recuerdan las expediciones a las Salinas? Bien: el comisionado dice que:

⁵ Alsina, Adolfo: *La nueva línea de fronteras*, Buenos Aires, Eudeba, 1977, pág. 13

⁶ Alsina, Adolfo: op. cit. pág. 18

En Bahía Blanca se encontró el diario de un Pablo Figuar, piloto de la *Real Armada*, que determina con la mayor exactitud, la *latitud* y *longitud* de las dos lagunas de *Salinas* como también de la *Laguna del Monte* ó *Guaminí*, según expediciones del tiempo de la dominación española⁷

En realidad, sostener que se gana el desierto para la Nación Argentina no es más que “universalizar un particular” porque el interés por las tierras del desierto era, en principio, claramente propio de los estancieros de Buenos Aires.

Por eso es posible que haya sido un hacendado, el ítalo-bahiense Caronti de Lodi, quien presentara un proyecto de defensa ante la Sociedad Agraria de Buenos Aires, en el que proponía desplazar la frontera 40 leguas al oeste, de modo que dibujara una línea recta desde Bahía Blanca hasta Ancaló. Y éste fue casi el diseño de la zanja mínimamente modificado por Alsina quien sólo desplazó al oeste la línea al pasar por la laguna de Guaminí.

¿Quién es Alsina?

Alsina es un hombre de Buenos Aires por su tradición familiar y por su relación caudillesca con los sectores populares de la ciudad constituidos por ferroviarios, tranviarios, gráficos relacionados con el periodismo, gauchos arrinconados tampoco faltaban y todo potenciado por una nutrida inmigración; un conjunto ávido de trabajo según se vio y que constituye el otro problema señalado anteriormente. ¿Y cómo lo representa Alsina? Precisamente por su contacto con esos sectores. Se dice que cuando salía de Balvanera o de San Cristóbal hacia el centro tenía que

disimular su andar escorado, sus entonaciones malevas y su revólver Gamplain escondido en los faldones de su levita oscura⁸

¿Porqué Avellaneda lo nombra Ministro de Guerra? Avellaneda construye un eje de poder político atendiendo a los sectores que acaudilla Alsina y a las élites provincianas las que también podrían ser beneficiadas con el avance sobre los indios ya que reclaman más participación. Por su parte Mitre, si bien se alzó y perdió contra la elección presidencial de 1874 de la que resultó vencedor Avellaneda, no por eso deja de estar ligado a grandes intereses económicos. Y en cuanto a las masas populares de la ciudad, que no dependen de los intereses representados por Mitre, viven una pujanza animada, entre otras cosas por la gran inmigración, que requiere nuevas manifestaciones políticas que trascienden los límites mismos de la ciudad. Dado ese cuadro de situación, la solución siempre parece ser la misma: hay que avanzar sobre el desierto.

¿Porqué se considera defensiva la propuesta de Alsina?

Alsina mismo lo dice en la Memoria aludida:

...el indio no invade para pelear, ni tampoco por el placer de hacer mal –invade para poder regresar con lo que robe. Bien, pues, salvado el foso, consumada la invasión ¿qué hará el indio con el robo? No ha de pretender salir por donde entró, porque debe suponer que el paso está ocupado ó el obstáculo restablecido. ¿Se lanzará entonces á buscar salida con arreo, teniendo antes que derribar la muralla y borrar el foso?⁹

Aquí “muralla” se refiere al paredón que se levantaría aprovechando las tierras que resultaran de cavar La Zanja.

⁷ Alsina, Adolfo: op.cit. pág.18

⁸ Viñas, David: *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Santiago Arcos editor, 2003, pág. 223

⁹ Alsina, Adolfo: op. cit.

Es decir: a los indios no les sería fácil salir. Lo que parece que efectivamente sucedió con lo que se cumpliría su principal cometido.

Y decir “muralla” nos lleva, claro, a la Muralla China.

La Zanja comenzó a construirse en octubre de 1876, a la izquierda de Guaminí: una vez aplacados los malones se procedió a adelantar la frontera.

En principio se pensó en una muralla al estilo de la china, pero eso demandaba un presupuesto abultado por lo que se optó por una zanja.

Pero la muralla china quedó: quedó en las burlas, en las comparaciones y hasta en la Memoria presentada al Congreso por Alsina donde señala cómo se presenta al foso como una parodia de aquella si es que cabe ... *emplear esta palabra, tratándose de murallas y de fosos.*

Pero Alsina defendía su Zanja y cuestionaba a quienes

Atacan el foso y no le reconocen eficacia como medio defensivo ó como obstáculo, porque razonan como razonarían si las masas salvajes fuesen ejércitos regulares perfectamente armados y provistos de todos los medios que ponen en movimiento el progreso y la riqueza de las Naciones”, dice en la Memoria. Y agrega: En el foso no busqué, lo repito, ni originalidad, ni poesía; pero hallé en él un medio eficaz para alcanzar un resultado grande y lo adopté¹⁰

Se puede pensar que cada tipo de sociedad crea su propio tipo de frontera, y se puede pensar también que no sólo se trata de un dispositivo estratégico sino de toda una concepción que acompaña al hecho militar en el que no están ausentes ni las creencias, ni los temores, ni los deseos de la sociedad que se afirma también en su relación con el indio.

Veamos cómo lo ve el Comandante Manuel Prado en su famosa *Guerra al malón*:

En el mes de julio de 1877 estaba concluida aquella zanja famosa que el doctor Artigas mandó abrir, desde Bahía Blanca hasta Italó, y con la cual pretendía hacer imposibles las grandes invasiones y dificultar las pequeñas”. Sea como fuere, el hecho es que los indios encontraron en aquel pequeño foso un obstáculo para sus correrías. No les impedía en absoluto entrar y salir por donde quisieran, pero cuando llevaban arreo vacuno tenían que abrir portillos perdiendo en la operación algunas horas que las tropas aprovechaban para irseles encima y alcanzarlos¹¹

Por su parte, Alfred Ebélot, la describe así:

Un foso es poca cosa; pero cuando tiene 80 leguas de largo se transforma en algo respetable. Adquiere un interés casi dramático si se piensa que marca el límite casi visible entre la civilización y la barbarie. El parapeto de adobe que lo bordea es, en pequeño, una muralla china. Es la misma solución, exhumada y remozada, de un problema tan viejo como el mundo: la lucha de los sedentarios contra los nómades¹²

Creo que aquí vale aclarar que las formaciones indígenas eran segmentadas ya que no constituían una organización centralizada como la de los incas por ejemplo. Pero no eran estrictamente nómades sino que sus desplazamientos tenían que ver con la efectivización de su práctica económica.

La Zanja era un símbolo claro: manifestaba la decisión del gobierno de que ningún animal tomara el camino de las rastrilladas rumbo a la cordillera. Algunos caciques lo entendieron en profundidad: era también un claro mensaje de diferenciación entre dos mundos irreconciliables.

¹⁰ Alsina, Adolfo: op.cit.

¹¹ Prado, Manuel: *Guerra al malón*, Buenos Aires, Eudeba y Hachette, 1960, pág. 60

¹² Ebélot, Alfred: *Relatos de la frontera*, Buenos Aires, Solar Hachette, 1968, pág. 109

El país, en una de esas oportunidades que brinda lo económico, necesitaba orden para el progreso del comercio internacional y los indígenas, al menos a los ojos de la elite ilustrada, desordenaban el mercado de tierras y de trabajo. Por lo demás, una estrategia -defensiva u ofensiva- como lo fue la zanja o el “malón invertido”, no sólo es un problema militar -según vimos- sino una opción cultural que pone en juego el pensamiento que se tiene respecto de cómo actuar sobre un “otro” tan real como construido en el imaginario de los conquistadores del desierto. Por eso la analogía con la Muralla China nos deja algo más. Así, el diario católico *La Amércica del Sur* considera que la zanja es una barrera concreta que sirve para dividir cristianos y aborígenes pero también simbólica en tanto expresa la voluntad de esa separación. En marzo de 1878 dice:

El gobierno, ciertamente, no ha armado a los indios pero tampoco los ha desarmado con los medios que una civilización, posterior en 19 siglos a la Cruz, pone en manos de los gobernadores de un pueblo cristiano. Hoy estamos defendidos de los indios. Pero lo estamos como hace muchos siglos que están defendidos contra las incursiones de los tártaros los pueblos de la China: por el aislamiento, no por la seducción. Si alguna diferencia hay entre nuestro foso y su muralla, de seguro que no está la ventaja de parte de nuestro foso.

Sin embargo le encuentra una ventaja piadosa, lo que podríamos llamar *una manera civilizada de morir* ya que en la zanja, con poco trabajo, los indios *hallarían cómoda y espaciosa sepultura*.

Pero las críticas más duras provienen del coronel Álvaro Barros quien en forma pormenorizada analiza la Memoria presentada por Alsina al Congreso mostrando un exhaustivo conocimiento del tema. Según Barros, Alsina, sólo respondía a su interés político, no conocía la frontera e ignoraba los principios básicos de la guerra como se evidenció con su zanja defensiva. Y la relaciona con la decisión de aquel comandante que, durante las invasiones inglesas, al ver fondeado un buque de esa bandera, mandó disparar una bala de cañón que quedó a mitad de camino por lo que resolvió que se dispararan dos a la vez. Barros destaca que la aplicación de la línea defensiva más las expediciones ligeras que la complementarían y que progresivamente se alejaría de la línea fortificada en la que quedarían inutilizados los militares destacados en la misma, es algo tan notable como la doble bala para alcanzar doble distancia.

Pero más allá de las críticas, otro aspecto que vale la pena destacar es la emergencia de un nuevo tipo de discurso respaldado en una verdad que es “verdad matemática”.

El avance sobre el desierto es un avance científico y por eso Alsina señala que los encuentros bélicos no son el objetivo: deben considerarse accidentales.

El carácter científico de la expedición no sólo concierne a los ingenieros y técnicos sino también a la jerarquía militar:

En cada División se llevará un diario de la manera más prolija, en que se anoten todos los accidentes de la travesía, marcando las jornadas, determinando las distancias, consignando las aguadas naturales o artificiales, naturaleza de los pastos, sinuosidades del terreno y trabajos que se hayan practicado de zapa o de desmonte.

Todo se debe cuantificar. Y es así como la Patagonia se va vaciando de indios y se va llenando de números.

¿Y qué dice Roca?

¡Qué disparate la zanja de Alsina! Y Avellaneda lo deja hacer. Es lo que se le ocurre a un pueblo débil y en la infancia: atajar con murallas a sus enemigos. Así pensaron los chinos, y no se libraron de ser conquistados por un puñado de tártaros, insignificante, comparado con la población china (...) Si no se

ocupa la Pampa, previa destrucción de los nidos de indios, es inútil toda precaución y plan para impedir las invasiones.¹³

Pero Alsina vivió hasta diciembre de 1877 y dejó, por un lado, una obra inconclusa que suponía posteriores avances y, por otro, el cargo de Ministro de Guerra.

Se abre así, en espacioso despliegue, el tiempo de Roca.

Y con él, la otra visión respecto del trato que se debe dar a los indios o, más exactamente, de cómo se debe adelantar la frontera.

Roca sucede a Alsina en el ministerio de Guerra. Claro que su plan respecto del problema, es otro. Lo resume así: necesita 2 años: 1 para prepararse y otro para resolverlo.

Estanislao Zeballos le va a prestar su voz que se hace obra en *La conquista de las 15000 leguas*.

Y esta voz aconseja que:

Los salvajes dominados en la pampa deben ser tratados con implacable vigor, porque esos bandidos incorregibles mueren en su ley y solamente se doblan al hierro (...). Quitar a los pampas los caballos y las lanzas y obligarlos a cultivar la tierra con el remington al pecho diariamente: he ahí el único medio de resolver con éxito el problema social que entraña la sumisión de estos bandidos¹⁴

Con Zeballos se afianza la certeza de que la conquista es una empresa civilizadora que debe superar todo lo que se oponga a ese progreso. Resuena detrás la antinomia - común entonces- entre civilización y barbarie.

Zeballos es un encendido defensor de Roca. Sus ideas han nutrido el campo académico y han configurado, en buena medida, el imaginario colectivo.

Zeballos señala que, cuando en 1875 el General Roca, siendo por entonces jefe de la frontera sur del Interior, fue llamado a Buenos Aires con urgencia pues se celebraba un Consejo de Estado para discutir el plan de avance; y allí se evidenció la diferencia: Roca era partidario de la línea de Río Negro, Alsina de la de Carhué según vimos en párrafos anteriores. Muerto Alsina, Roca iría al Río Negro. Cevallos lo alienta así:

Si supiéramos que vacila y que necesita estímulo, le dirigiríamos en nombre de la gran aspiración nacional, la siguiente frase de aliento, que ha llevado tan lejos a los norteamericanos en la conquista de sus comarcas salvajes: Go ahead

Llegado hasta aquí, me referiré a quien nos brinda -con la ventaja de la exageración- una Historia de Roca que expresa un sentimiento generalizado, según pudimos ver, funcional a los fines de la constitución de la identidad nacional.

Leopoldo Lugones afirma que el objeto de la historia es averiguar cómo se formó la nación para saber de qué modo hay que seguir construyéndola. La verdad está en el origen.

Si por un lado la civilización es cosa romana, también el cristianismo perfecto es el católico romano.

No es un hecho menor que haya sido España, campeona del catolicismo, quien conquistara estos países para incorporarlos a la cristiandad.

Así, el pueblo argentino -no obstante los errores de un falso liberalismo-, debe tener por constructores a individuos de formación cristiana y militar.

Y, según Lugones, Roca es su mejor ejemplo. Y dedica varias páginas a la apología de Roca: sus hidalgos antecedentes, su marcial origen que remonta hasta su abuelo que

¹³ Lugones, Leopoldo: *Roca*, Buenos Aires, Buenos Aires, Edición de la Comisión Nacional del Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1938, pág. 176

¹⁴ Zeballos, Estanislao: *La conquista de quince mil leguas*, Buenos Aires, Taurus, 2002, pág. 27

supo guerrear con los musulmanes. Su padre, en *quien comenzó a tornarse gloria patria la claridad de la stirpe*.

Pero también, por aquello de que *no hay grande hombre para su ayuda de cámara*, no va a rebajar la historia escribiéndola con criterio de lacayo.

La historia es un arte, y el arte un señorío.

Así como el silencio es la mitad de la música, la discreción es la mitad de la historia.

Roca fue de genio vivo y de temperamento amoroso sin demasía.

Pero él, Lugones, no va a ser chismoso.

Lugones apuntó lejos: la conquista del desierto no es más que la continuación de la conquista española. Pero no fue el único. Pensó, con su pensamiento barroco, en términos de raza, de pueblo predestinado a la espada.

Pero...¿Cuántos agresores nos amenazaban? ¿De cuántos indios nos separó la zanja?
¿De cuántos nos libró Roca?

Oigamos a Álvaro Barros

La República Argentina, siguiendo el ejemplo de los chinos, de ahora tres mil años, va hoy a buscar, descendiendo hacia el centro de la tierra, la seguridad que aquéllos no pudieron alcanzar elevándose hacia el cielo. Dos millones de habitantes, con la experiencia funesta de 200 años de guerra defensiva, se afanan hoy por abrir una zanja que deberá cruzar todo el territorio, coronada de un cordón de fortalezas, para defenderse de los ataques de bárbaros cuyo número no alcanza a 30.000 almas¹⁵

Y de la campaña de Roca dirá Sarmiento en *El Nacional*, en 1879:

El General Roca lo ha visto y a él se le debe en mucha parte el descubrimiento de una verdad que ocultaban los mirajes de la pampa: no había tantos indios... y hoy, medítandolo bien, da vergüenza pensar que se haya necesitado un poderoso establecimiento militar, y a veces ocho mil hombres, para acabar con dos mil lanzas... La obra final, meritoria, digna de un general, es la que ha emprendido el General Roca con todo el poder militar de la Na...¹⁶

A modo de conclusión

Creo que me he detenido en cómo se consideraba a los indios para entender que se pensara que actuar sobre ellos fuera imprescindible. Pero también he intentado mostrar que la experiencia en las relaciones de frontera daban cuenta de una diversidad de prácticas por parte de las distintas agrupaciones indígenas, de una variedad de trato entre los habitantes de cada lado de la frontera, que no cuaja en esa expresión que encontramos en historiadores, en documentos oficiales: “el indio”.

La identidad nacional, el Estado nacional imaginado, se pensaba como un conjunto en el que sí tenían lugar los inmigrantes europeos, pero no “el indio”.

La zanja, tal como los caciques se dieron cuenta, sirvió para mostrar que hay dos mundos irreductibles: el indígena y el hispano criollo, a pesar de los intercambios, a pesar del espacio social construido en la frontera.

Por otra parte, la expansión ganadera que se propiciaba, no requería de cantidad de mano de obra y, en cuanto a la expansión de la agricultura, se suponía que sería tarea de los inmigrantes europeos.

La Nación, nuestra Nación se hizo como otras, como tantas, a expensas de otros. Visto así lo de Alsina puede haber sido sólo un avance cuya verdad fue la campaña de Roca.

Y Roca fue hasta donde lo llevó su potencia porque su potencia en ese momento era la de una Nación que pugnaba por salir (por lo menos al mercado).

Y si digo que la campaña de Roca fue la verdad de la de Alsina no es porque en realidad la zanja fuera un intento, una prueba, un ejercicio de buena voluntad en el trato

¹⁵ Barros, Álvaro: *Indios, frontera y seguridad interior*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1975, pág. 98

¹⁶ Citado en Lugones, Leopoldo: op. cit. Pág. 205

con los indios sino una estrategia que no respondía, en términos de eficacia espacio-temporal, a la demanda del desarrollo de las fuerzas productivas aliadas a la construcción de una identidad nacional que se va conformando como un país productor de bienes primarios. Me parece.

También me parece que la expresión sin matices, que el deliberado desconocimiento del otro que supone ese falso uno con que se nombra lo múltiple es un requerimiento del pensamiento cuando se hace, cuando necesita hacerse, “segundo instinto”.

Y quizás sea éste, a su vez, el requerimiento de una distribución nomádica, de la ocupación del espacio en un espacio abierto y poblado llamado desierto.

31/07/08